En C. Aranegui (ed.) Actas del Congreso Internacional, 'Los Iberos, Príncipes de Occidente'. Barcelona 1998, págs.169-183.
"Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera caballería en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes".

Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera "caballería" en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes

Fernando Quesada Sanz
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

El empleo del caballo en el mundo ibérico se asocia normalmente al ámbito aristocrático y al militar; la opinión habitual es también que ambos aspectos están necesariamente relacionados, que el empleo de los caballos como elemento de estatus entre los grupos aristocráticos llevaba necesariamente aparejada la existencia de fuerzas de caballería entre los antiguos iberos. Pretendemos mostrar que esto no es así, que pueden distinguirse fases muy distintas en el empleo militar del caballo en la cultura ibérica, y que el ámbito celtibérico corresponde también a una situación diferente. En concreto, creemos que sólo a partir del s. III a. C. debió desarrollarse la caballería en el ámbito ibérico, y que el uso anterior del caballo como símbolo de prestigio corresponde a un ámbito conceptual paralelo, pero diferente al de su empleo militar.

Resum

L'ús del cavall en el món ibèric s'associa normalment als àmbits aristocràtic i militar. L opinió habitual és també que tots dos aspectes estan necessàriament relacionats, que l'ús del cavall com a element d'estatus entre els grups aristocràtics volia dir que hi havia forces de cavalleria entre els antics ibers. Pretenem demostrar que això no és així, sinó que es poden distingir fases molt diferents en l'ús militar del cavall en la cultura ibèrica, i que l'àmbit celtibèric correspon també a una situació diferent. En concret, creiem que probablement la cavalleria es va desenvolupar, en la cultura ibèrica, només a partir del segle II a. C., i que l'ús anterior del cavall com a símbol de prestigi pertany a un àmbit conceptual paral·lel, però diferent al de l'ús militar.

Summary

The use of the horse in the Iberian world is normally associated with the aristocratic and military spheres. The generally-held opinion is also that both aspects were necessarily related, that the use of the horse as an element of status amongst aristocratic groups meant that cavalry forces existed amongst the ancient Iberians. Our aim is to demonstrate that this is not so, that it is possible to distinguish very different phases in the military use of the horse in Iberian culture, and that a different state of affairs is also found in the Celtiberian area. More specifically, we believe that cavalry was probably developed in the Iberian culture only from the 2nd century BC, and that earlier use of the horse as a status symbol pertains to a conceptual sphere parallel to but different from its military use.

En el marco del proyecto de investigación *El caballo en la Cultura Ibérica: un estudio arqueológico, social e histórico,* (DGICYT PB94/0189), prestamos especial atención a la información que puede deducirse sobre el empleo práctico y la valoración social de los équidos a partir de los restos de la cultura material ibérica, tanto en las imágenes como en los arreos de caballo hallados sobre todo en contextos funerarios. En este sentido, y dejando por ahora a un lado el indudable uso de diversos équidos en actividades económicas diarias (como testimonia la representación de asnos y -quizá- mulas en los exvotos del santuario del Cigarralejo, o el hallazgo de restos completos de asnos en yacimientos ibéricos septentrionales, Fig. 1), no cabe duda del importante papel jugado por el caballo como expresión visible de *status* entre los grupos aristocráticos ibéricos, grupos cuya mentalidad social estaba fuertemente impregnada de ideales guerreros. No es necesario desarrollar aquí en detalle ambas premisas (papel del caballo y *ethos* militar), ampliamente discutidas y en lo sustancial demostradas por la investigación reciente. La primacía iconográfica del caballo, especialmente en los más importantes monumentos funerarios, es evidente en el caso del conjunto de Porcuna o en el más reciente descubrimiento de los dos caballeros de Los Villares en Albacete, todos ellos datables en el s. V a.C. (Blánquez, 1992). Más adelante en el tiempo, el caballo será un elemento presente en soportes iconográficos de cierta relevancia simbólica, caso de las cerámicas decoradas de La Alcudia de Elche o St. Miquel de Llíria, o, sobre todo, de los reversos de las monedas. En este último caso, la relevancia iconográfica del caballo es independiente de la causa o significado concreto que se atribuya a las mone-

Figura 1. No todo son briosos corceles entre los équidos. En la economía diaria de los iberos los asnos y probablemente las mulas serían de una importancia comparable a la de los caballos. Santuario del Cigarralejo en Mula (Murcia). Foto autor.

das, puesto que hay al menos dos corrientes interpretativas recientes de enfoque muy distinto (en último lugar, Almagro Gorbea, 1995, 246 y 254 ss. *vs.* García-Bellido, 1993). No es por tanto ni siquiera necesario acudir como ejemplo de abundancia equina a los socorridos exvotos del santuario del Cigarralejo en Murcia, que en la mayoría de los casos parecen asociarse a un ambiente doméstico de carácter más humilde (Fig. 1). Por lo que se refiere al carácter militar o guerrero de la aristocracia ibérica, baste con remitir a la principal bibliografía reciente (entre otras muchas obras, Quesada, 1997, 605 ss.; Blánquez y Antona (eds.), 1992; Almagro Gorbea, 1996; Olmos (ed.) 1992).

Ahora bien, si aceptamos que la aristocracia ibérica empleó el caballo como símbolo de prestigio, y si aceptamos que dicha aristocracia tuvo desde su aparición un fuerte componente guerrero, puede concluirse de estas dos premisas que el caballo era desde el nacimiento de la cultura ibérica una herramienta de uso militar y que los iberos tenían una caballería?. El razonamiento habitual viene siendo éste, y así aparece en la bibliografía al uso, sin mayor discusión dado que las fuentes literarias parecen confirmarlo: la caballería ibérica era famosa y temida en el mundo antiguo. Sin embargo, trataremos de mostrar que la conclusión no se deduce necesariamente de las premisas, más aún, trataremos de mostrar que es errónea, y ello por tres razones. En primer lugar, porque no tiene en cuenta lo que realmente, y desde un punto de vista militar, significa la palabra "caballería". En segundo, porque no calibra la diferencia conceptual entre: a. la existencia de aristocracias militares que emplean el caballo como elemento de prestigio, y b. la existencia de caballería en el campo de batalla. Y en tercer lugar porque no tiene en cuenta adecuadamente los factores tiempo y espacio.

CONCEPTO DE "CABALLERÍA"

La caballería siempre ha gozado de un aura de superioridad, derivada de su ventaja física y psicológica sobre un enemigo que luche a pie. Esta ventaja se debe en parte a su mayor movilidad; en parte al impacto psicológico que causa el ruido atronador de los cascos de una *unidad de caballería* lanzada al ataque; en parte a la mayor altura del jinete -que compensa su inferior estabilidad-; y, por último, también a la capacidad de retirarse a gran velocidad si las circunstancias lo aconsejan. Esta ventaja psicológica, bien aprovechada, se puede convertir fácilmente en una ventaja táctica si la caballería se emplea de modo adecuado y en el momento preciso, cuando el enemigo a pie empieza a ceder, o si se la apoya adecuadamente con las otras *armas* del ejército. Sin embargo también hay desventajas: las unidades de caballería son por lo general menos numerosas que las de infantería; son menos capaces de reorganizarse con rapidez; y sobre todo mucho más delicadas y caras de mantener, debido a la fragilidad de su principal instrumento, los caballos. Si además la caballería pierde su cohesión, si ha de combatir en forma de jinetes aislados, sobre todo en un entorno boscoso o urbano, entonces pierde toda su ventaja.

La presencia de "caballería" en el sentido militar del término no se deduce de la mera existencia de un número de individuos montados a caballo, de "caballeros", sino que implica la presencia de jinetes, de tropas a caballo que comparten un sistema organizativo, el empleo de unas armas no necesariamente idénticas para todo el grupo, pero que al menos tienen una funcionalidad homogénea o coordinada; y por último que comparten una "doctrina" de empleo, que puede ser explícita y regulada mediante manuales, o implícita, derivada de una larga costumbre. En palabras de M. A. Littauer y J.H. Crouwel (1979, 4) *"this term may only be properly applied to mounted troops when these are trained to the degree where they can function with precision as a unit -not only advancing on command but changing gaits, turning, deploying and reassembling in their proper positions in the ranks"*. Esta definición puede y debe ser completada en un sentido numérico por la que proporciona D.H. Gordon (1953, 76): *"cavalry consists of a large number of mounted men capable of concerted action"*.

Para que se pueda hablar de caballería en el sentido militar del término deben darse pues dos condiciones: *un número suficiente de jinetes y la existencia de tácticas coordinadas de algún tipo.* La presencia de algunos hombres a caballo no implica necesariamente que actúen como "caballería". Ahora bien, ¿qué entendemos por "un numero suficiente"?. La cuestión del "número mínimo" es espinosa y, en realidad, irresoluble. No es una cuestión de número absoluto, ni tampoco de porcentaje de caballería respecto al total del ejército. Unidades muy reducidas pueden formar parte de, o constituir, una verdadera caballería. Por ejemplo, cada una de las diez *turmae* de caballería legionaria en época de Polibio (6, 25), que contaban con sólo unos 30 hombres cada una, era una unidad de caballería, aunque sus misiones se limitaban prácticamente al reconocimiento y entrega de mensajes, salvo si actuaban en masa, agrupadas con la caballería de otras legiones. Sin embargo, en tanto que estas pequeñas unidades tenían una organización fija, armamento estandarizado y misiones definidas que exigían desplazarse y combatir normal-

mente a caballo, constituían caballería. Por otra parte, la escasa efectividad de esta caballería ciudadana romana queda evidenciada por el hecho de que desapareció en la reorganización de época de Mario y César, con lo que la infantería pesada legionaria pasó a depender para las funciones de caballería de unidades totalmente ajenas al organigrama de la legión, salvo los llamados *equites legionis* que reaparecieron en época augustea como exploradores y mensajeros (Dixon, Southern, 1992, 27 ss.). El número es importante en contextos de combate, pero aún así no se puede fijar una cantidad o proporción fija de jinetes respecto al total del ejército: dependerá de las circunstancias. Como regla básica se entenderá que el número de jinetes deberá ser suficiente para ejercer una influencia significativa en la planificación previa o/y en el desarrollo del combate.

Por otro lado, la existencia de formaciones de marcha o combate, y la de tácticas definidas, indica también la existencia de una verdadera caballería. En los ejércitos de los grandes estados del antiguo Mediterráneo a menudo las formaciones y tácticas estaban incluso estructuradas por escrito en forma de manuales, que en ocasiones han llegado hasta nosotros, como ocurre, entre otros, con Arriano y su *Ars Tactica* (Hyland, 1993). En otras ocasiones, como entre los númidas o entre los llamados "pueblos a caballo" de las estepas euroasiáticas, estas tácticas y organización se nos presentan más difusas, con carácter consuetudinario. Pero incluso en estos casos las fuentes nos hablan de formaciones, como el *cuneus* citado por Amiano Marcelino (31, 2), y sabemos que, al menos en época de Genghis Khan, las unidades mongolas se estructuraban en múltiplos de 10 hombres (Hoang, 1988, 148 ss.). De hecho, la tendencia de la investigación actual es considerar que incluso los pueblos bárbaros "a caballo" de oriente combatían en formación y con disciplina (por ejemplo, para los escitas, Cernenko, 1983, 20 y 31-32).

En consecuencia, tanto si hablamos de unidades regulares o de caballería irregular, el término implica la existencia de agrupaciones de jinetes -desde pocas decenas a varios millares- capaces de maniobrar coordinadamente y combatir con tácticas reconocibles. Es secundario que dichas tácticas sean de choque, implicando una carga hasta el contacto físico con el enemigo, o que se basen en el hostigamiento a distancia con arcos o jabalinas. Lo esencial es que se comparte una "doctrina" de empleo del arma, aunque sea de modo intuitivo.

Si por el contrario lo que la documentación nos muestra es la existencia de grupos reducidos de guerreros que se desplazan hasta el campo de batalla montados en un distinguido y relativamente cómodo medio de transporte, que lo hacen como líderes individuales con un séquito reducido, y que desmontan para combatir en una formación de infantería, entonces tenemos infantes, o como mucho "infantería montada". Incluso si estos individuos se mantienen a caballo para dirigir el combate, y ocasionalmente se ven envueltos en la pelea, tampoco podremos hablar de una "caballería" en el sentido estricto del término.

Pese a que algún autor haya defendido recientemente que en Grecia antigua existían unidades de "dragones", esto es, tropas entrenadas y organizadas para combatir indistintamente a caballo o a pie (Worley, 1994,26; 35, etc.), la gran mayoría de los investigadores considera que los hoplitas a caballo (Greenhalgh 1973, *passim*) sólo utilizaban sus monturas para marchar hasta el campo de batalla, desmontando para combatir, puesto que el gran escudo hoplita sería impracticable para combatir desde el caballo (Anderson, 1961, 146-147 y Lám. 29, a quien Worley probablemente ha interpretado mal).

De lo que venimos diciendo se extrae que, en el marco del contexto cronológico y cultural que ahora nos interesa (culturas de la edad del hierro en el mediterráneo), la existencia de una "caballería" requiere de una organización política bastante amplia en sentido territorial. Debe en principio, y a nuestro juicio, ser superior al modelo del *oppidum* individual como unidad política independiente. La existencia de un ejército mixto con infantería y una verdadera caballería (los ejércitos puros de caballería no se dan en el antiguo Mediterráneo) requiere un "número mínimo de individuos" y una amplitud del grupo social con los elevados recursos económicos necesarios para mantener caballos, número amplio que difícilmente puede darse en unidades políticas con un sólo centro urbano y entorno territorial reducido. Sólo en el marco de entidades político-territoriales mayores, que abarquen un territorio grande y, probablemente, varios centros de tipo *oppidum* (que, recordemos, son en el mundo ibérico mayoritariamente de tamaño pequeño o mediano, Almagro Gorbea, 1987) cabe pensar en ejércitos que superen en total los escasos centenares de combatientes. En este contexto política y territorialmente más amplio la caballería puede estar formada, bien por las clientelas de los grupos aristocráticos y bajo el mando de estas aristocracias, bien -en otros modelos organizativos- por un número relativamente elevado de "ciudadanos" que no estén ligados por lazos de dependencia formales.

ARISTOCRACIAS ECUESTRES Y EL EMPLEO MILITAR DE LA CABALLERÍA: DOS AMBIENTES CONCEPTUALES RELACIONADOS, PERO DIFERENTES

La iconografía ibérica muestra, en especial durante el s. V a.C., la importancia que la aristocracia ibérica concedía al caballo como elemento de prestigio. Ello deriva de varios factores; en primer lugar, del costo suntuario del caballo, animal delicado y caro de mantener (*e.g.* Anderson, 1961,128 ss.) pero no imprescindible en la vida diaria (el humilde asno, *e. asinus*, cumple mejor la mayoría de las actividades de la economía doméstica, pues es menos delicado, más sufrido, dócil y a menudo más resistente e inteligente que el caballo, Metz, 1995); así, la capacidad de mantener caballos era en sí misma expresión visible de riqueza y posición social. En segundo lugar, este gasto suntuario quedaba compensado por el aire de nobleza del animal, y el aura de superioridad, en buena medida psicológica, que rodeaba al caballero, sentado a un nivel superior al del peatón. Los autores antiguos valoraban mucho la inteligencia, afecto y aire de nobleza del animal (*e.g.* Jenofonte, *De Re Eq.* y sobre todo Claudio Eliano, *De natura*

animalium, obra llena de anécdotas sobre el noble comportamiento de los caballos); y el triste ejemplo del caballo viejo o agotado dedicado al mover el molino era para los literatos ejemplo de orgullo caído (Apuleyo, *Met.* 9, 11-13).En tercer lugar, la consideración del caballo como animal psicopompo, portador del alma del difunto al Más Allá, está bien documentada en la iconografía mediterránea en general, y peninsular en particular (p. ej. Eiroa, 1996). Por último, aunque el término de "heroización ecuestre" está ya necesitado de revisión y precisión conceptual y se ha abusado de él, es probable que la combinación de los factores anteriores llevara en el mundo ibérico a considerar el caballo como elemento asociado a la imagen de determinados guerreros muertos en determinadas circunstancias y luego heroizados.

Sin embargo, el hecho es que la importancia del noble bruto como símbolo de prestigio y *status* de las aristocracias orientalizantes (pensemos en los bocados de caballo de la sepultura 17 de La Joya en Huelva, Garrido, Orta, 1978) e ibéricas antiguas no está directamente ligada a los aspectos militares. Más aún, los datos disponibles parecen indicar que no hay una relación directa entre la presencia de aristócratas que usen el caballo como animal de prestigio y una más que improbable existencia de una verdadera caballería de empleo militar. Ello queda bien evidenciado en las dos esculturas de jinetes empleadas como estelas funerarias en dos túmulos de Los Villares en Albacete datados en el s. V a.C. de (Blánquez, 1992). Como este mismo autor ha señalado, los caballeros de Los Villares no son los "guerreros" de los Villares, pues no portan armas, ni siquiera el armamento defensivo (casco, grebas o discos coraza) característico del s. V a.C. (Quesada, 1997). Parece claro que el carácter aristocrático de los individuos enterrados bajo las estatuas no se definía específicamente por su condición de guerreros a caballo, sino genéricamente por la de aristócratas a caballo. Si a esto se añadía ya en el s. V a.C. una consideración del caballo como vehículo al Más Allá es algo que no podemos saber; pero lo que sí está claro es que el caballo aparece como un signo de distinción, pero no explícita ni específicamente militar. Podría decirse que el noble del s. V a.C. es un caballero, y también un guerrero, pero no un jinete que combate desde su caballo como parte de un "arma de caballería".

Aunque pudiera parecer lo contrario en un análisis superficial, el caso del conocido guerrero de Porcuna que remata a un enemigo caído mientras sujeta su caballo por las riendas (Negueruela, 1990, Fig. 30. guerreros nos. 4-5) viene a confirmar la ausencia del empleo del caballo como elemento táctico en el campo de batalla. En efecto, el combatiente se representa luchando a pie y venciendo a su enemigo con una lanza empuñada (Fig. 2); es evidente que no se puede combatir a pie mientras se sujeta con la siniestra un caballo y un escudo: lo que el grupo escultórico pretende representar, de manera sintética, son los elementos claves de la concepción aristocrática de lo que es un guerrero noble: es un caballero que marcha al combate a caballo, elevado física y conceptualmente sobre las cabezas de los demás, pero que desmonta al llegar al campo de batalla y lucha a pie. De hecho, más adelante veremos que las fuentes

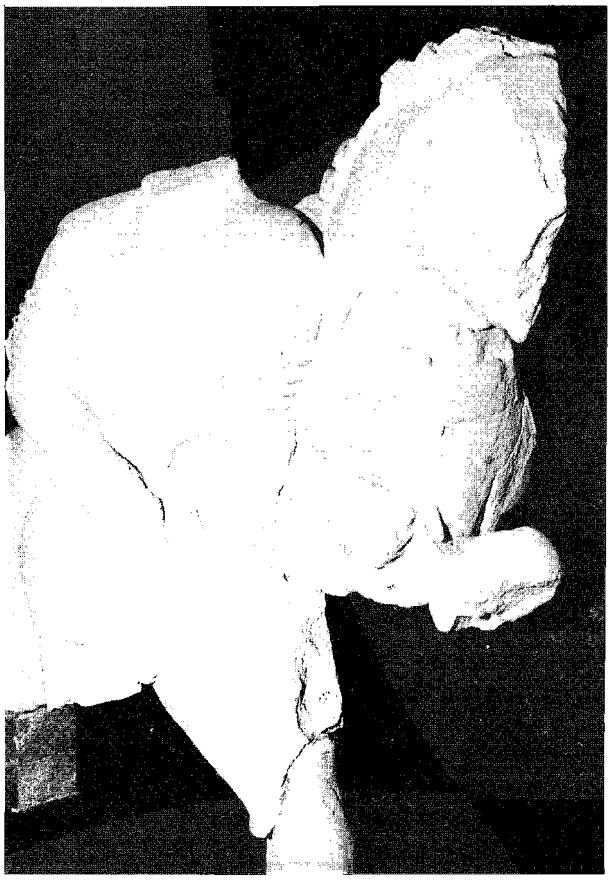

Figura 2. Durante el s. V a.C. el guerrero noble combatía a pie aunque marchara al combate en su caballo. Esta escultura de Porcuna no pretende representar una situación real de combate, sino que sintetiza los elementos y costumbres que caracterizan al aristócrata: el caballo y las armas, la equitación y la guerra. Conjunto de Porcuna, s. V a.C. Foto autor.

literarias que se refieren a los siglos III-II a.C. a menudo ilustran esta costumbre (Apéndice 1).

Ahora bien ¿cuál es la razón de este proceder? ¿por qué no lucha el aristócrata desde su caballo?. Posiblemente se combinaran razones prácticas y consideraciones ideológicas. Por un lado, la ausencia de estribo (que no apareció hasta la antigüedad tardía) y de silla de montar con borrenes dificultan considerablemente -aunque no impiden- el combate a caballo con lanza empuñada. Por otro, un caballo entrenado es un animal delicado y costoso en el que se habría invertido mucho tiempo y que no interesaría arriesgar innecesariamente. Por último, el concepto aristocrático arcaico de combate cuerpo a cuerpo que parece primar en Iberia, como en la Grecia arcaica, exigía el combate de campeones a pie, cara a cara, sin empleo de armas arrojadizas (Quesada, 1997, 609 ss.).

Hay al menos otro caso que quizá representara una escena similar a la de Porcuna: nos referimos al gran caballo de Casas de Juan Núñez en Albacete, desgraciadamente muy incompleto; en su parte delantera se aprecian restos de talla en la zona del cuello que parecen indicar que el animal formaba parte de un grupo en el que quizá el

caballo era conducido por una figura a pie que marchaba delante (Chapa, 1985,63). Dicho caballo ha sido fechado por consideraciones estilísticas también dentro del s. V a.C., por las palmetas que adornan la manta.

En consecuencia, parece razonable afirmar que, durante el s. V a.C., el caballo era un importante elemento de *status* cuya función militar no aparece clara más allá de su empleo como distinguido medio de transporte para los aristócratas al campo de batalla; no hay evidencia de combate montado. Su carácter como animal psicopompo puede inferirse de que en momentos anteriores (por ejemplo, el carro de la estela de Ategua y otros carros de las "estelas del suroeste", Bendala, 1977) y posteriores (por ejemplo el caballo alado del cálato de Elche de la Sierra (Eiroa, 1986) dicha función parece bien documentada.

EL FACTOR TIEMPO

Los cambios en el tiempo que constituyen el esqueleto de la Historia deben ser también analizados de forma sistemática, porque creemos que, en efecto, se produjo entre el s. V y el I a.C. en el ámbito ibérico un cambio sustancial: la aparición de una verdadera caballería; trataremos de precisar cuándo.

EL s. V a.C.

Hemos visto que durante el s. V a.C. la iconografía apunta hacia un uso individual del caballo como elemento de prestigio y de transporte al campo de batalla, al modo en que lo empleaban también los hoplitas montados del arcaísmo griego (*e.g.* Greenhalgh, 1973). Si, por otro lado, se confirma la opinión de A. Ruiz sobre la existencia de un sistema político polinuclear en la Alta Andalucía durante el s. V a.C., basado en *oppida* que acogerían a un grupo aristocrático y su clientela, *oppida* que por lo general se constituirían en unidades políticas independientes (Ruiz, 1997,78-80), tendríamos entonces un modelo político que difícilmente podría, según hemos dicho antes, dar lugar a la aparición de ejércitos mixtos amplios con fuerzas de infantería y caballería. Por último, la escasez de tumbas con armas en las necrópolis ibéricas de los ss. VI-V a.C., tan diferente del patrón generalizado de tumbas con armas propio del s. IV, apunta también en esta dirección.

DESDE FINES DEL s. V a.C. A MEDIADOS DEL s. III a.C.

A partir de fines del s. V a.C. y durante el s. IV a.C. la evidencia iconográfica se hace más variada. Por un lado, el caballo sigue apareciendo en la escultura monumental, pero en la mayoría de los casos los fragmentos están tan destruidos que no es posible determinar el tipo de conjunto al que pertenecieron; por otro lado, tampoco es posible asociar los caballos a tumbas concretas, dado que en la mayoría de los casos aparecen en rellenos o formando parte de túmulos (Cigarralejo o Cabecico del Tesoro son buenos ejemplos de necrópolis con un número significativo de restos de caballos: Cuadrado, 1984; Page, García Cano, 1993). Suelen ser piezas de tamaño algo menor que el natural (en torno a la mitad o un tercio en muchos casos), que a menudo no muestran signos de haber llevado jinetes, aunque sí arreos (Fig. 3). En todo caso, los restos muestran la existencia original de algunas esculturas de caballos en bulto redondo, y quizá de caballos con jinete, posiblemente (aunque no es seguro) en la tradición de esculturas-estela del s. V a.C. Además, se documentan estelas con relieves en las que aparecen jinetes. Es difícil fechar el relieve fragmentario de Corral de Saus (Chapa, 1986, 100), pero el cipo funerario de la necrópolis de Jumilla parece definitivamente bien datado dentro del s. IV a.C. (García Cano, 1994).

En este último caso, tres de las cuatro caras del cipo presentan jinetes, inermes en dos de ellas, y quizá también en la tercera, muy deteriorada. En todo caso, no hay imágenes de acción violenta o de combate, ni colectivas. Aparte de que el lenguaje formal sea de orientación griega "clásica", con una escena de despedida en la cuarta cara, lo cierto es que las imágenes de los reposados caballeros del cipo de Jumilla no aluden al ámbito de lo militar; quizá sí al ámbito del tránsito al Más Allá e incluso de la heroización ecuestre; y con seguridad al papel del caballo como elemento de prestigio.

En otro orden de cosas, es bien conocida la extrema dificultad que supone fechar la inmensa mayoría de los exvotos ibéricos procedentes de los santuarios de la Alta Andalucía y sureste peninsular. Aunque algunos autores, en especial Nicolini, favorezcan una fecha antigua para la mayoría de los exvotos, que remontan incluso al s. VI a.C. (en último lugar, Nicolini, 1997) la opinión más generalizada es que los grandes santuarios de Collado de los Jardines, Castellar de Santisteban, La Luz y otros, tendrían su momento álgido durante el ibérico pleno, en torno a los ss. IV-III a.C., con amplias perduraciones hasta la conquista romana, especialmente en forma de modelos simplificados y esquematizados (Prados, 1994, etc.). Sea como fuere, lo que ahora más nos interesa es que los exvotos de caballeros son extremadamente escasos en

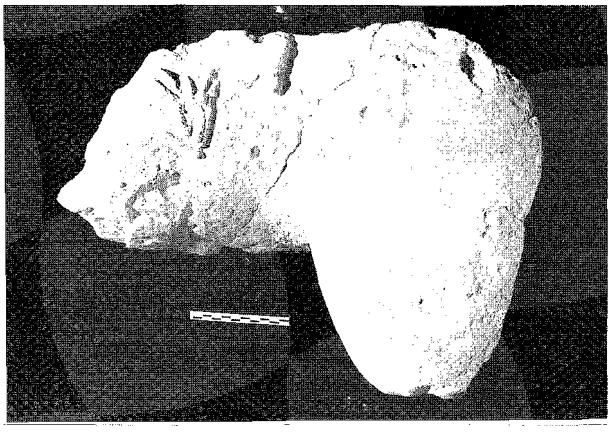

Figura 3. Muchas estatuas de caballos en necrópolis ibéricas, de tamaño menor que el natural, no llevaban jinete. En esta pieza del Cigarralejo (Murcia) se aprecia la manta y cincha, pero no las piernas del jinete; es muy improbable que hubiera sido tallado entero en otra pieza. Foto autor.

Tabla 1. Porcentajes de tumbas con armas y con arreos de caballo en diferentes necrópolis ibéricas.

YACIMIENTO	Nº total Sepulturas	Nº seps. con arreos de caballo	% de sepulturas con arreos frente al total de seps.	Nº sepulturas con armas	% de sepulturas con arreos frente al total de seps. con armas
Cabezo Lucero	94	0	0%	51	0%
La Senda	45	0	0%	14	0%
Poblado	72	3	4,2%	35	8,6%
Cigarralejo	462	14	3,0%	165	8,5%
Cabecico del T.	601	2	0,3%	129	1,6%

comparación con el total de figuras humanas, e incluso son menos numerosos que los équidos sin jinete.

En el recuento más reciente publicado (Jordán, García Cano, Sánchez, 1995), las figuras humanas a pie se cuentan por centenares (en ese estudio, exactamente 1.145) frente a 33 jinetes, siempre varones. Estas cifras suponen que los exvotos de caballeros suman menos del 2% del total de exvotos de todo tipo, un 2.9% del total de exvotos humanos completos, y un 6.7% del total de exvotos masculinos. Recordemos, además, que por lo general los exvotos de caballeros presentan un cuidado de manufactura y grado de detalle muy superior al de la generalidad de los exvotos a pie (e.g. Nicolini, 1969), lo que indica un mayor cuidado de elaboración, a la altura quizá de la calidad del comitente.

Quizá sea también significativo en esta valoración que el número de caballitos (39 contabilizados), asociados al ámbito de lo doméstico más que al de lo heroico, es superior al de cualquier otro animal, pero también al de caballos con caballero (Jordán, García Cano, Sánchez, 1995:308-309).

En el mismo trabajo que venimos citando se dividen los caballeros en dos grupos: 22 casos en los que el jinete aparece inerme y con las manos extendidas, sin que las armas supongan un elemento conceptualmente importante; y sólo 11 en los que parece primar el deseo de enfatizar el aspecto militar. Los jinetes en actitud clara de ataque o combate no se dan. Todo esto nos viene a indicar, primero, que es el caballo y no las armas el elemento sustantivo de la composición; y segundo, que las armas indican aquí *status*, no contexto de combate trabado.

Además, dentro del conjunto de santuarios rupestres andaluces, nos parece significativo que mientras que en el Collado de los Jardines aparecen exvotos de caballeros jinetes, éstos brillan por su ausencia en Castellar de Santisteban. Esto no puede ser casual (coincidimos en ello con Prados, 1992:142), y quizá tenga que ver con la composición social o política de los grupos que acudían a cada santuario. Si tenemos en cuenta que quizá el Collado as algo más antiguo como yacimiento que el Castellar (Prados, 1992, 162), podría suponerse que los caballeros aparezcan sólo en Collado porque son más antiguos, no porque representen a un grupo social diferente; esto vendría a contradecir en cierto modo la línea evolutiva que proponemos en este trabajo (aparición tardía de la caballería). Nosotros nos inclinamos más bien por la primera hipótesis.

Junto con los datos iconográficos que hemos analizado, debemos acudir también a otra fuente de información, la arqueológica. En este sentido, la eclosión desde principios del s. IV a.C. de los grandes cementerios ibéricos cuyas tumbas se cuentan por centenares, y la aparición masiva de armas en ellas (cosa que no se producía antes, ver Quesada, 1997, 611), introduce un nuevo elemento de análisis: los arreos de caballo depositados en las sepulturas como ajuar u ofrenda.

El dato más significativo es la extrema escasez de estos elementos entre los que configuran los ajuares ibéricos. Frente a un universo ritual donde las armas asumen un papel numérica y conceptualmente muy importante, los arreos de caballo brillan por su ausencia: veamos unas cifras que documentan esta afirmación. Si partimos del análisis de necrópolis individuales, observamos que en Cabezo Lucero (Alicante), los 94 "puntos" excavados no han proporcionado ningún bocado de caballo ni espuela alguna (Aranegui *et al.* 1993). En las 45 tumbas de La Senda en Murcia tampoco aparecen elementos de caballo; y entre las 72 de la inmediata necrópolis del Poblado (Coimbra del Barranco Ancho, Murcia), se halló sólo un bocado con frontalera en la Sep. 55, y 3 espuelas (Seps. 48, 55 y 70); esto es, sólo en tres tumbas sobre 72 aparecen arreos (García Cano, 1997). Entre las 462 tumbas útiles (sobre un total de 547) excavadas del Cigarralejo, también en Murcia, se han hallado elementos de monta (bocados, frontaleras o espuelas) en sólo 14 tumbas (Quesada, 1998, Apéndice 2). Las 601 sepulturas del Cabecico del Tesoro, en Murcia, sólo proporcionan espuelas en una tumba y un dudoso -y perdido- bocado en otra (Quesada, 1989). Es decir, el porcentaje de tumbas con arreos de caballo o espuelas oscila, en las necrópolis bien conocidas y de con un número grande de tumbas conocidas, entre el 0% y el 4.2% de las tumbas. (Tabla 1). El porcentaje sobre el total de tumbas ibéricas que conocemos, con armas o sin ellas, inferior al 2%, es casi despreciable.

Si en lugar del porcentaje sobre el total de tumbas, contabilizamos el porcentaje sobre el subconjunto total de tumbas *con armas* (más indicativo de la importancia de los elementos de caballo entre los grupos de guerreros), y para ello utilizamos como muestra la totalidad de tumbas ibéricas con armas de los ss. IV-III a.C. que hemos cata-

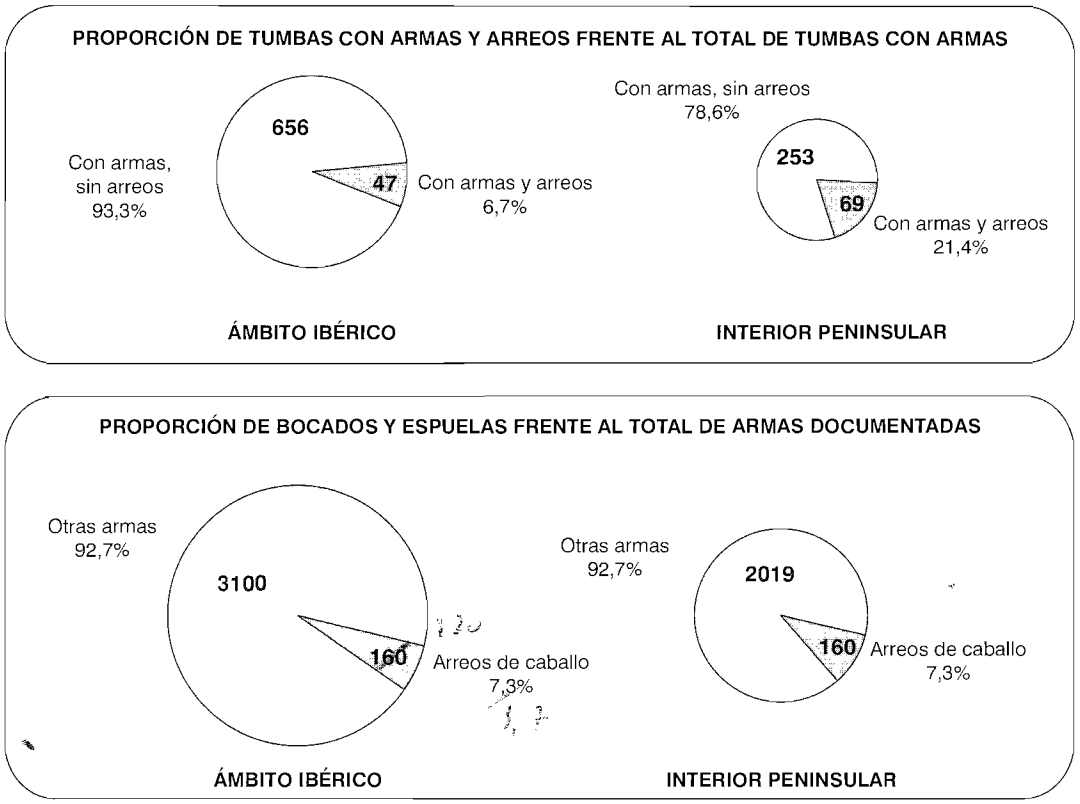

Figura 4. Arreos de caballo en el mundo ibérico y en la Meseta. Comparación en número de piezas (parte inferior) y en porcentaje sobre el total de tumbas con armas (parte superior).

logado (Quesada, 1997), sumamos un total de 703 sepulturas; de ellas, sólo 47 (un 6.7%) cuenta con arreos de caballo.

Si, por último, en lugar de contabilizar proporciones de tumbas con arreos de caballo, comparamos el porcentaje de bocados, frontaleras y espuelas sobre el total de armas *ibéricas* que hemos catalogado (correspondientes a las áreas 1 a 11 de nuestra clasificación, Quesada 1997: 31 ss.), de modo que tenemos en cuenta también los bocados que, como los de Almedinilla en Córdoba, proceden de yacimientos sin contexto de tumba, obtenemos resultados similares. Conocemos un total de 3.220 armas y arreos de caballo, sin contar puntas de flecha de arpón y glandes de honda. De ellas, sólo 120 piezas son bocados y espuelas, es decir, un 3.7% del total (Fig. 4).

En síntesis, sea cual sea el criterio que empleemos, la proporción de elementos asociados al caballo en las necrópolis ibéricas es muy baja, inferior siempre al 5% de su término de comparación (total de sepulturas, total de sepulturas con armas o total de armas y arreos).

Es también importante recordar que en la práctica totalidad de los casos los bocados de caballo aparecen en tumbas que tienen además armas. La aparición de alguna espuela en un ajuar sin otras armas es excepcional (espuelas en Cigarralejo, S. 423 y quizá en Coimbra S. 55, 2 tumbas sobre 47). La de bocados en tumbas sin armas es inusitada. Esto indica hasta qué punto los caballos se asocian a grupos libres aristocráticos de la población, que siempre expresan su *status* mediante la deposición de armas, pero no significa que los bocados aparezcan en los ajuares en tanto que elementos de guerra, sino sólo de guerrero noble. También conviene indicar que hay una fuerte correlación positiva entre presencia de bocados de caballo (no tanto de espuelas) y riqueza de la sepultura, como se aprecia en Cigarralejo, Galera, El Poblado de Coimbra y otros yacimientos.

A partir de estos datos sólo podemos proceder en un camino interpretativo si partimos de una premisa que, hoy por hoy, viene siendo universalmente aceptada por la investigación, pero que no por ello deja de ser una premisa: que las necrópolis ibéricas son susceptibles de análisis social significativo y fiable, sin "trampas", "inversiones" o distorsiones sistemáticas. Aceptado esto (Quesada, 1994), hemos procedido en otro lugar -al que remitimos- a mostrar que la composición de los ajuares con armas en las tumbas ibéricas es significativa y no aleatoria (Quesada, 1997, 643 ss.). Si esto es así, la bajísima proporción de arreos de caballo en las tumbas, combinada con el hecho demostrado de que la inmensa mayoría de los bocados de caballo se asocian a tumbas especialmente ricas y con panoplia, significa que el empleo del caballo estaba restringido en el ibérico pleno a un porcentaje reducido de guerreros aristócratas, coincidente en lo esencial con los enterrados en las tumbas mal llamadas "principescas". Ese porcentaje no supera el 5% del total de tumbas de los yacimientos (ni el 8.6% del total de tumbas con armas), y

en la mayoría de los casos es muy inferior. Esto es, el caballo sería durante el ibérico pleno un elemento social y militarmente muy minoritario, hasta el punto de convertirlo en irrelevante desde el punto de vista táctico.

Eso es así, insistamos, sólo si aceptamos el carácter significativo, funcional y coherente de la composición de los ajuares con armas, que como hemos dicho creemos haber probado. Conviene recordar ahora que la coherencia del ajuar es independiente de su significado más profundo, sea éste la mera deposición de las armas del muerto u otro ritual más elaborado, pues sea cual sea el significado, se depositaban *panoplias coherentes*, no armas amontonadas al azar. Sin embargo, también hemos mostrado (Quesada, 1997, 632 ss.) cómo en la composición de los ajuares funerarios, y por tanto, en la de los ajuares con armas, se introdujeron sesgos debidos al carácter fuertemente ritualizado de estos contextos (por ejemplo, sobre-representación de la falcata, casos de *pars pro toto*, etc.). Cabría entonces preguntarse si la deposición de arreos de caballo podría estar sesgada por alguna consideración, por ejemplo el posible papel del caballo como animal psicopompo, o el carácter especialmente prestigioso de estos objetos. Es concebible que se diera un sesgo de este tipo, pero convendremos en que si lo hubo, debió tender a *aumentar* el número de arreos de caballos en los ajuares, más que a disminuirlo.

Otra posibilidad es que aparezcan tan pocos bocados de caballo en las tumbas ibéricas porque se emplearan bocados de hueso o materia orgánica, o incluso cuerdas pasadas en torno al cuello del caballo al modo de la caballería ligera númida del norte de África (Estrabón, 17,7), que no dejarían rastro arqueológico tras su paso por la pira funeraria. Sin embargo, desechamos esta posibilidad por dos razones: por un lado, los bocados de metal no son especialmente difíciles de fabricar, especialmente para unos Iberos que contaban con una más que desarrollada tecnología metalúrgica, y son mucho más resistentes que unos con camas de asta, de modo que sería absurdo que alguien capaz de mantener un caballo no contara con medios de adquirir un bocado metálico; por otro lado, cuando es posible apreciarlo, la iconografía siempre muestra bocados metálicos con anillas. Luego volveremos sobre los posibles bocados de asta celtibéricos (Escudero, Balado, 1990), que en todo caso no se conocen en yacimientos del ámbito ibérico.

En conjunto, la información disponible para el largo periodo que va desde finales del s. V a.C. hasta mediados del III a.C. parece indicar que, pese al obvio papel del caballo como elemento de prestigio, y pese a que el *status* de la aristocracia ibérica tenía un fuerte componente guerrero, el empleo militar del caballo era muy limitado. Empleando distintas fuentes de información, y diferentes técnicas de análisis, el panorama que se nos ofrece es el de ejércitos reducidos formados básicamente por fuerzas de infantería (sobre tácticas y formaciones, Quesada, 1997, 653 ss.) sin existencia de una verdadera caballería. El número de jinetes estaría reducido a los nobles principales y, como mucho, a séquitos (reducidos) de caballeros, familiares, "compañeros", *clientes, hetairoi, devotii, comitatus*, o como queramos denominarlos (eso es cuestión para otro trabajo, pues requiere un análisis social profundo y una precisión terminológica sobre la que existe a nuestro juicio alguna confusión). Estos caballeros marcharían al combate a caballo, pero en la mayoría de los casos desmontarían para luchar a pie. Su número sería siempre inferior al 8% del total de guerreros, y a menudo muy inferior. Aunque para periodos posteriores (ss. II-I a.C.) tenemos noticias de séquitos de *clientes* muy numerosos (*vid. infra*), no hay ningún dato que permita suponer que la generalidad de los *oppida* ibéricos pudiera contar con séquitos de miles de hombres en el s. IV a.C., y sí indicios de lo contrario (Ruiz Rodríguez, 1998). Con todo, es posible que en áreas muy concretas como Cástulo o el llano de Llíria se estuvieran configurando entidades políticas cada vez más amplias que pudieran convocar en cascada "cadenas" de individuos ligados entre sí por lazos de dependencia, "cadenas" que irían ampliando los efectivos de los ejércitos.

DESDE MEDIADOS DEL s. III a.C. A MEDIADOS DEL s. I a.C.

A partir de mediados del s. III a.C., y hasta la absorción del mundo ibérico en la cultura romana, la naturaleza de nuestra documentación vuelve a cambiar. Los datos iconográficos proceden ahora fundamentalmente de la cerámica, más que de la escultura, y en especial de la cerámica con decoración figurada del llamado estilo de Llíria, centrado en torno al periodo de la segunda guerra púnica. El número de tumbas conocido a partir de este momento disminuye mucho en comparación con el periodo anterior, y por tanto proporciona una información mucho más escasa. En cambio, las fuentes literarias grecolatinas proceden y se refieren en la inmensa mayoría de los casos a este periodo (son muy pocas las referencias anteriores), y constituyen una fuente de información de gran importancia.

No parece aumentar o disminuir la proporción de bocados de caballo en tumbas ibéricas durante los ss. II-I a.C., pero lo cierto es que el número total de tumbas conocidas de este periodo es también mucho menor (no se puede hablar de reducción proporcional de las tumbas con armas hasta avanzado el s. I a.C, Quesada, 1995,166; 1997, 651-652). En cambio, parece aumentar el número de espuelas, incluso en ámbitos de poblado.

Si no contáramos con fuentes literarias, los datos iconográficos que nos ofrece la cerámica figurada, y en particular la del llamado "estilo de Llíria", estarían sujetos a una interpretación muy conjetural. Aparecen en algunos vasos "procesiones", "cabalgatas" o quizá "unidades" de jinetes (Aranegui, 1997, 61 ss.; Quesada, 1997, Apéndice VI, 941 ss.) con armamento homogéneo, así como, frecuentemente, jinetes en actitud de arrojar una jabalina desde el caballo, o incluso en la de combatir, lanza en mano, con un infante (Cabecico del Tesoro, Quesada, 1997, 956; Archena, quizá anterior en el tiempo, Quesada, 1997, 955). Ambos tipos de imágenes son novedades, y parecen indicar el desarrollo de formas de combate montado no documentadas antes. El que dichas escenas en concreto representen combates reales, duelos singulares o gladiatorios, o escenificaciones simbólicas, no es decisivo

para lo que nos ocupa: si se representaron danzas guerreras o combates simbólicos, en los que jinetes lanzaban jabalinas o se enfrentaban con infantes, ha de ser porque tales circunstancias se daban también en el combate real.

En el Apéndice 1 se recoge una selección de las principales referencias textuales al empleo de jinetes hispanos desde el s. IV a.C., así como otras referencias más difíciles de fechar tomadas de Estrabón, Diodoro y la *Suda*. Aunque la relación no es exhaustiva, permite obtener un cuadro bastante completo. Pese a que no podemos hacer aquí un análisis muy detallado, se aprecia cómo, por lo general, las referencias más antiguas aluden a efectivos de jinetes relativamente reducidos, incluso en el ejército de Aníbal, que se cuentan por centenares más que por millares cuando aluden a contingentes de la península Ibérica (Jenofonte, *Hel.* 7,1,20 -dudoso, puede referirse a galos-; Polibio, 3,33 -300 jinetes ilergetes frente a 1.800 númidas-; Livio 23,46,6 -272 jinetes númidas e hispanos-...). Se observa también que en general las referencias son imprecisas, pero que la tendencia es a que aparezcan más veces, y en mayor número, jinetes celtíberos o lusitanos que propiamente iberos. Aunque no es éste lugar para un análisis crítico a fondo de fuentes literarias, conviene recordar que no todas son igualmente fiables, y que en lo referente a cifras de efectivos hay escuelas de pensamiento contrapuestas. Entre los autores que aquí se recogen, el más fiable es sin duda Polibio, quien por ejemplo se toma la molestia de especificar y criticar la fuente original -un bronce del cabo Lacinio- de la que tomó los efectivos de Aníbal (Polibio, 3, 33, 17-18; 3, 56, 4; también Livio 28, 46, 16). Si negáramos valor incluso a este dato, deberíamos llegar a un escepticismo completo sobre las fuentes literarias que nos ha legado la antigüedad. Un análisis algo más detallado sobre validez de fuentes para la guerra y el armamento en la Iberia prerromana puede hallarse en otro lugar (Quesada, 1997, 26-31). Aunque se han criticado, con razón, las cifras que proporcionan autores como Apiano y otras fuentes posteriores, la crítica textual reconoce por lo general el valor de las cifras de Livio para la segunda guerra púnica; en particular su narración detallada de las campañas contra Indíbil y Mandonio, de la que aquí se hará uso, tiene una precisión que nada tiene que ver con las fantasías de otros autores anteriores y posteriores, y además buena concordancia con Polibio, cuyos libros 11 y siguientes se conservan, desgraciadamente, incompletos. En conjunto debemos tomar las cifras como indicadores de órdenes de magnitud más que como datos precisos a excepción, probablemente, de Polibio en la mayoría de los casos, y de Livio cuando sus fuentes son buenas, como Celio Antípater, como ha mostrado entre otros E. Burck. Es, en todo caso, imposible discutir aquí la cuestión en detalle.

Sin embargo, hay algunas referencias concretas que nos interesa detallar aquí. Una de ellas es de Livio, quien (26,50,14) especifica que cuando la magnanimidad de Escipión atrajo al bando romano al caudillo *celtíbero* Allucius (Livio especifica *princeps)*, éste trajo consigo a parte de su clientela, un total de nada menos que 1.400 jinetes escogidos. La cifra podría parecer exagerada, pero lo cierto es que otras fuentes literarias tienden a validarla; así por ejemplo, César cuenta que Orgétorix, el más rico de los helvecios, reunió toda su *familia* para evitar ser sometido a juicio: alcanzaba 10.000 hombres (César, *Bell. Gal.*1, 2-4). Brunaux y Lambot (1987, 20) consideran, probablemente con razón, que en este contexto la *familia* sería toda la clientela en armas. El episodio de Allucius se refiere a un príncipe celtíbero; cabría entonces pensar que caudillos o monarcas como el edetano Edecón pudieran en este periodo reunir un número aún mayor de jinetes. Y aunque para los edetanos no tenemos cifras, sí sabemos que otros jefes iberos podían, reuniendo gentes de diversos *oppida* o pueblos, alcanzar contingentes respetables de caballería. Así, Polibio (11, 20) y Livio (28,13) nos informan de que en 207/206 a.C. Culchas, quien entonces gobernaba o controlaba 28 *oppida*, podía reunir ante Cástulo a 3.000 infantes y 500 jinetes que entregó a Escipión, cifra que sin duda no debía representar el máximo esfuerzo de reclutamiento que el reyezuelo podía hacer, pero que en todo caso debía ser lo suficientemente significativa como para satisfacer al general romano.

No muchos años después los iberos lucharon contra los romanos ya por sí mismos y no como auxiliares de otro ejército. Las fuentes nos informan de que Indíbil llegó a reunir en el nordeste peninsular un ejército de gran magnitud, que comprendía 13.000 infantes de línea, unos 7.000 ligeros y 2.500 jinetes (Polibio, 11, 32-33; Livio, 28, 31), caballería que por cierto, y si la detallada narración de las fuentes es fiable, utilizó muy mal. Al año siguiente, en su segunda intentona, Indíbil llegaría a reunir de entre todos los pueblos ligados a él (no sólo ilergetes, sino también ausetanos y otros pueblos "poco conocidos" -*ignobiles Hispani populi*-) un muy respetable ejército de 30.000 infantes y 4.000 jinetes. De nuevo mostraron los iberos un deficiente conocimiento en el manejo de la caballería, puesto que la colocaron detrás de su centro, dejando grandes huecos en su línea principal de batalla, supuestamente para permitir el avance de los jinetes. Lo usual y más eficaz era colocarla en las alas o en reserva, pero dejando continua y sin huecos la línea de infantería pesada. Los romanos aprovecharon la circunstancia y acabaron forzando a la caballería ibérica a combatir a pie, anulando su principal característica, la movilidad. La verdad es que, al leer la muy detallada narración de Livio (29, 2), cabe pensar si el analista no malinterpretó la disposición ibérica, y si los huecos en el centro de la línea de batalla no estaban previstos para lanzar la caballería, sino para que esta tropa privilegiada, desmontando, ocupara su lugar en el centro y combatiera a pie. Otros textos aluden a variantes de esta forma de combatir, que era ya muy poco habitual entre los grandes ejércitos romanos o cartagineses (Diodoro, 5, 33; Estrabón, 3, 4, 18).

Fuera de estos episodios, la verdad es que los textos no se refieren a una caballería específicamente ibérica. De hecho, tras las sublevaciones de 197-195 a.C., el resto de las fuentes aluden al ámbito de la Meseta y Lusitania. No deben ser pues utilizadas para el estudio del mundo propiamente ibérico.

Por fin, hay otra serie de textos referidos al periodo de las guerras civiles del final de la república, desde época de Sertorio a César. En ellos a menudo se hace alusión de

pasada a caballería hispana, pero es imposible precisar las zonas de reclutamiento. Parece en todo caso que es el interior de Hispania donde sertorianos, pompeyanos y cesarianos obtenían la mayor parte de sus auxiliares de caballería, aunque por supuesto el caso de la *turma Salluitana* (por cierto, sólo una treintena de jinetes) muestra que también la zona del Ebro era área de reclutamiento (p.ej. Roldán, 1993, 52 ss.). Finalmente, fue César quien realizó sistemáticamente fuertes reclutas de caballería, gala y luego hispana, para convertirla en un arma importante, permanente, lo que no había sido antes (p. ej. Roldán, 1974,37 ss.). En este proceso se produciría una creciente profesionalización que acabaría por diluir el antiguo carácter aristocrático de los jinetes ibéricos y celtibéricos.

El conjunto de los datos de que disponemos parece indicar, pues, que a partir de mediados del s. III a.C. se estaba extendiendo el uso del caballo, y que probablemente ya antes de la llegada de los bárquidas a Iberia en *c.* 237 a.C. se estaba configurando una verdadera caballería entre los pueblos ibéricos. A partir de principios del s. II a.C. los distintos pueblos ibéricos contarían ya con verdadera caballería, totalmente distinta de la existencia de unos cuantos guerreros a caballo que caracterizó la fase anterior.

A ello contribuirían, a nuestro juicio, tres circunstancias: una de ellas producto de la dinámica interna, y otras dos, resultado de influencias externas.

Por un lado, la aparición de entidades políticas mayores que las existentes en momentos anteriores, entidades políticas que adoptaron la forma de monarquías más o menos inestables como la de Culchas, o de confederaciones de pueblos, como parece haber ocurrido con los ilergetes y sus aliados. Dichas estructuras políticas abarcaban un número amplio de *oppida*, y/o territorios más grandes con más población y mayores cabañas ganaderas: serían pues capaces de reunir contingentes militares mayores, ya verdaderos ejércitos; y por tanto de reunir también contingentes acumulados de caballeros de distintos puntos. Un cambio cuantitativo podría aquí haber conducido a un salto cualitativo: reunidos los contingentes de hombres a caballo de diversos *oppida* sería posible reunir un número elevado, capaz de ejercer un papel importante en el campo de batalla. No olvidemos que para que la caballería ejerza el fuerte impacto psicológico que caracteriza su empleo, es necesario que sea percibida por el enemigo no como un grupo de caballeros, sino como una masa arrolladora. En resumen, se trataría en primer lugar de una cuestión de capacidad demográfica, numérica, tanto en hombres como en caballos. Fueron siempre los estados con territorios amplios y grandes llanuras, a menudo gobernados con sistemas monárquicos, los que en el antiguo Mediterráneo más fácilmente desarrollaron caballería, –pensemos por ejemplo en Tesalia o Macedonia-.

Aunque posiblemente el proceso estaba en marcha ya antes de la llegada de los Barca, creemos probable que el segundo impulso decisivo para la aparición de una verdadera caballería entre los iberos fuera de origen externo: el reclutamiento por parte de Amílcar primero, y por Aníbal después, de contingentes ibéricos para engrosar el núcleo africano de los ejércitos púnicos. En efecto, como buen ejército de corte helenístico (Roldán, 1997:273), el cartaginés del último tercio del s. III a.C. contaba con importantes efectivos no "ciudadanos"; estos contingentes, por ejemplo ibéricos, podían integrarse en forma de tropa reclutada a la fuerza entre pueblos sometidos, en forma de contingentes de mercenarios "profesionales", o en forma de tropas nominalmente "aliadas", aunque dicha "alianza" apenas disimulara una situación real de sometimiento. En todo caso, el ejército cartaginés, insistimos que en muchos aspectos de corte helenístico (todavía sigue siendo básico Gsell, 1920; ver también González Wagner, 1994,835), requería una sólida y numerosa caballería, pesada tanto como ligera. Es pues a nuestro juicio probable que la integración de diversos contingentes ibéricos en el ejército de Aníbal contribuyera a la formación de unidades de caballería. Es probable también que de entre las unidades indígenas integradas con sus armas y jefes en el ejército cartaginés, las de jinetes estuvieran formadas a menudo por nobles y sus clientelas de las distintas ciudades ibéricas. Así ocurre con seguridad en el caso de los cuarenta jinetes nobles que la ciudad de Cértima (bética más que celtibérica, Burillo, 1998:36, 233) hubo de entregar a Graco como auxiliares a la vez que rehenes (Livio, 40, 47). Esta tendencia probablemente se mantuvo en los siglos siguientes, y los muy numerosos contingentes de jinetes *hispani* reclutados en la dramática época de las guerras civiles romanas del s. I a.C., desde Sertorio a César, para integrarse dentro de ejércitos que por táctica y organización eran puramente romanos, seguirían probablemente perteneciendo a las noblezas ecuestres indígenas. Así ocurría posiblemente con los componentes de la *turma Salluitana* (Roldán, 1993, 57). Sin embargo, el mismo caso de esta *turma*, cuyos soldados procedían de ciudades muy distintas, incluso de *Ilerda* (en último lugar, Burillo, 1998, 294), indica que ya no nos hallamos ante un noble que lleva consigo a sus clientes, sino ante un reclutamiento romano de tipo individualizado, en el que estos nobles locales no actuaban ya como los antiguos contingentes étnicos federados al ejército romano, sino como soldados romanos reclutados individualmente. Por otro lado, el viejo sistema de clientelas (o de lealtades personales encadenadas entre príncipes, nobles, caballeros y simples guerreros) fue aprovechado, e incluso ampliado, por los distintos generales romanos, que aprovecharon estos lazos en sus reclutamientos durante las guerras del s. I a.C. (Roldán, 1993:64 ss.; 96 ss.).

En tercer lugar, otro factor que pudo influir en la aparición de una verdadera caballería entre los pueblos ibéricos sería la influencia de los pueblos celtibéricos y otros pueblos del interior peninsular, que posiblemente contaban con una caballería irregular desde el s. IV a.C. si no antes. Y ello nos lleva a tener en cuenta otra cuestión: el factor espacio.

5. EL FACTOR ESPACIO: EL ÁMBITO DEL INTERIOR PENINSULAR

Aunque con mucha brevedad, conviene recordar que todo el proceso descrito en páginas anteriores se aplica sólo al ámbito propiamente ibérico. Los datos disponibles para el

interior peninsular permiten proponer una situación diferente: en síntesis, que desde épocas muy anteriores al final del s. III a.C. ya existían contingentes importantes de caballería irregular. De nuevo, pues, el ámbito geográfico y lingüístico ibérico se configura como muy diferente al que en sentido lato llamamos celtibérico, pero que incluye en la práctica el interior meseteño. Poco o nada podemos decir a este respecto para las zonas de la costa atlántica, occidental y septentrional de la península Ibérica.

Por un lado, desde fines del s. V a.C., y sobre todo durante los ss. IV -III a.C., el número de bocados y otros elementos de arreo de caballo en necrópolis meseteñas es mucho mayor que en el mundo ibérico, en número absoluto y sobre todo en proporción. Como se aprecia en la Fig. 4, el porcentaje de tumbas con armas que además contienen arreos de caballo alcanza en la Meseta el 21.4%, frente al 6.7% del mundo ibérico; y si contabilizamos el total de piezas, incluyendo las que carecen de contexto preciso, un recuento todavía preliminar hace subir al 7.3% el porcentaje de bocados en el mundo meseteño, frente a sólo el 3.7% del ambiente ibérico; probablemente, a raíz de trabajos que venimos realizando en diferentes museos con fondos antiguos, este porcentaje meseteño deba subir aún más.

Estas cifras son significativas e indican que en la Meseta la proporción de tumbas con armas que contienen arreos de caballo es en torno al triple que en el área ibérica, llegando a la muy respetable proporción del 21.4%. Si a esto añadimos las numerosas referencias a importantes contingentes de caballería que aparecen en las fuentes literarias ya desde fines del s. III a.C. (Apéndice 1), y las también numerosas fuentes literarias que aluden a la importancia de la cabaña equina en la zona del Tajo (incluyendo los conocidos mitos sobre las yeguas preñadas por el viento, Varrón, *Rust.* 2,1,5; 2,1,19; Plinio *Nat.Hist.* 8,166; Justino, 44,3,1; Silio Italico, 3, 379-381 etc.), cabe pensar que en el interior peninsular existiera una verdadera caballería desde algo antes que en el mundo ciudadano y mucho más urbano de la costa mediterránea o de Andalucía. Contrastan estas abundantes referencias al interior peninsular con la muy expresiva de Varrón (*Rust.* 2,10,6), quien indica expresamente que los túrdulos y bástulos, conspicuos pueblos del sur, no eran pueblos ganaderos; aunque bien es verdad que algún (bastante) tiempo después Estrabón escribía justo lo contrario al alabar la ganadería de la Bética (3,2,6).

No consideramos necesario añadir a estos datos la posible existencia de camas de bocado en asta, halladas en poblado (Escudero, Balado, 1990). Aunque sugestiva, la hipótesis dista de estar demostrada: por un lado, la ausencia de orificio central para la embocadura, y la consiguiente dificultad para reconstruir un bocado viable, bien sujeto, hacen todavía discutible que estas piezas fueran en efecto camas de bocado; además, siempre han aparecido en contexto de poblado o en colecciones privadas, nunca en pares, y la cronología es a menudo incierta. Por otro lado, dado el nivel metalúrgico alcanzado por los celtíberos, un filete sencillo no implica ninguna dificultad técnica, y resulta difícil visualizar una convivencia habitual de bocados de metal y de asta entre los celtíberos. En todo caso, no nos atrevemos a dar la cuestión por cerrada.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (1987): El área superficial de las poblaciones ibéricas. *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid, 21-34.

ALMAGRO GORBEA, M. (1995): La moneda hispánica con jinete y cabeza varonil: ñtradición indígena o creación romana?. *Zephyrus* 48, 235-266.

ALMAGRO GORBEA, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid.

ANDERSON, J.K. (1961): *Ancient Greek horsemanship*. Berkeley-Los Angeles.

ARANEGUI, C. *et al.* (1993): *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero. Guardamar del Segura, Alicante*. Madrid.

ARANEGUI, C. (ed.) (1997): *Damas y caballeros en la ciudad ibérica. las cerámicas decoradas de Lliria (Valencia)*. Madrid.

BENDALA, M. (1977): Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste peninsular y los orígenes de Tartessos. *Habis* 8, 177-205.

BLÁNQUEZ, J.; ANTONA, V. (eds.) (1992): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Madrid.

BLÁNQUEZ, J. (1992): Nuevas consideraciones en torno a la escultura ibérica. *CuPAUAM* 19, 121-143.

BURCKE, E. (1971): The Third Decode. T.A. Dorey (ed.) LiryI. London, 21-46.

BURILLO, F. (1998): *Los Celtíberos. Etnias y estados*. Barcelona.

CERNENKO, E.V. (1983): *The Scythians, 700-300 BC*. London.

CUADRADO, E. (1984): Restos monumentales funerarios de El Cigarralejo. *TP* 41, 251-290.

CHAPA, T. (1985): *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid.

CHAPA, T. (1986): *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica*. Madrid.

DIXON, K.; SOUTHERN, P. (1992): *The Roman cavalry*. London.

EIROA, J. (1986): El kalathos de Elche de la Sierra (Albacete). *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia* 2, 73-86.

ESCUDERO, Z.; BALADO, A. (1990): Sobre los llamados silbatos celtibéricos. Una propuesta de interpretación. *TP* 47, 235-250.

GARCÍA BELLIDO, M.P. (1993): Origen y función del denario ibérico. *Fest. für J. Untermann*. 97-123. Innsbruck.

GARCÍA CANO, J.M. (1994): El pilar estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *REIb* 1, 173-201.

GARCÍA CANO, J.M. (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Murcia.

GARRIDO, J.P.; ORTA, E. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de La Joya (Huelva) II. (3ª, 4ª y 5ª campañas). EAE*, 96. Madrid.

GONZÁLEZ WAGNER, C. (1994): Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago. *Homenaje al Prof. Presedo Velo*, 825-835. Sevilla.

GORDON, D.H. (1953): Swords, rapiers and Horse-riders. *Antiquity* 27, 67-78.

GREENHALGH, P.A.L. (1973): *Early Greek warfare. Horsemen and chariots in the Homeric and Archaic Ages*. Cambridge.

GSELL, S. (1920): Les armées de Carthage. *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, II, 331-435. Paris.

HOANG, M. (1988): *Genghis Khan*. London.

HYLAND, A. (1993): *Training the Roman Cavalry from Arrian's Ars Tactica*. Dover.

JORDAN, J.F.; GARCÍA CANO, J.M.; SÁNCHEZ FERRA, A. (1995): Ensayo de interpretación etnoarqueológica de los exvotos de los santuarios ibéricos: manos, gestos rituales y andróginos en la Cultura Ibérica. *Verdolay* 7, 293-314.

LITTAUER, M.A.; CROUWEL, J.H. (1979): *Wheeled vehicles and ridden animals in the Ancient Near East.* Leiden.

METZ, R. (1995): *Conocer los asnos y las mulas.* Barcelona.

NEGUERUELA, I. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén).* Madrid.

NICOLINI, G. (1997): Las figuras ibéricas de bronce. *Los Iberos, príncipes de Occidente,* 146-147. Barcelona.

OLMOS ROMERA, R. (ed.) (1992): *La sociedad ibérica a través de la imagen.* Madrid.

PAGE, V.; GARCÍA CANO, J.M. (1993): La escultura en piedra del Cabecico del Tesoro (Verdolay, La Alberca, Murcia). *Verdolay 5*, 35-60.

PRADOS, L. (1992):*Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional.* Madrid.

PRADOS, L. (1994): Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto. *TP* 51.1, 127-140.

QUESADA, F. (1989): *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro, Murcia, España.* BAR International Series, 502. Oxford.

QUESADA, F. (1994): Riqueza y jerarquización social en necrópolis ibéricas: los ajuares. *Homenaje a Jose Mª Blázquez,* II. Madrid, 447-466.

QUESADA, F. (1995): Armas en la sociedad ibérica: diez preguntas fundamentales. *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000,* 159-169. Toledo.

QUESADA, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.).* 2 vols. Monographies Instrumentum, 3. Montagnac.

QUESADA, F. (1998 e.p.): El guerrero y sus armas en la necrópolis de El Cigarralejo. *El Museo Monográfico de El Cigarralejo (Mula, Murcia).* Murcia.

ROLDÁN, J.M. (1974): *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España Antigua.* Salamanca.

ROLDÁN, J.M. (1993): *Los hispanos en el ejército romano de época republicana.* Salamanca.

ROLDÁN, J.M. (1997): Romanos y cartagineses en la Península Ibérica. La Segunda Guerra Púnica. *La Guerra en la Antigüedad, 271-279.* Madrid.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1997): Los iberos y su espacio. *Los Iberos, príncipes de Occidente,* 77-89. Barcelona.

RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico.* Barcelona.

WORLEY, L.J. (1994): *Hippeis. The cavalry of ancient Greece.* Oxford.

APÉNDICE 1.

CRONOLOGÍA	FUENTE	ÁMBITO	OBSERVACIONES	EFECTIVOS
368-367 a.C.	Jenof. *Hel.* 7,1,20 Diod. Sic.15,70	CELTAS IBEROS	Dionisio el Viejo envía mercenarios en ayuda de Esparta. Van Celtas, Iberos y 50 jinetes. Combates a distancia con jabalinas, elusivos.	50
s.f.	Estr. 3,3,7	NORTE	Montañeses del norte sacrifican caballos y cautivos a Ares	
s.f.	Estr. 3,4,15	IBEROS	Mezclan caballería con infantería. Caballos entrenados para escalar montañas. Se arrodillan a la orden. Hay muchos caballos salvajes.	
s.f.	Estr. 3,4,18	NORTE? IBEROS?	Van dos por caballo y uno desmonta para luchar a pie.	
s.f.	Diodoro 5, 33	CELTÍBEROS	Excelente caballería e infantería. Combaten a caballo, desmontan y continúan a pie.	
s.f.	Suda, fr. 95 = ¿Polibio?	CELTÍBEROS	Los jinetes desmontan, sujetan los caballos con una estaca que clavan en el suelo, y combaten a pie.	
218 a.C.	Polibio 3,33 =Livio 21,22	IBEROS	Aníbal envía a África iberos y trae africanos para asegurarse su lealtad.	Envía a África: Tersites, mastienos, oretanos, olcades: 13850 infantes, 870 baleares, y 1.200 jinetes.
218 a.C.	Polibio 3, 33 =Livio, 21,22	IBEROS	Aníbal deja tropas en Hispania bajo su hermano Asdrúbal.	450 jinetes libios y libio-fenices; 300 Ilergetes y 1.800 jinetes númidas. De infantería, 11.850 infantes africanos, 300 ligures, 500 baleares. Además, 21 elefantes.
218 a.C.	Polibio, 3,35	IBEROS	Partida de Aníbal. Licencia de desafectos.	Sale de Cartagena con 90.000 infantes y 12.000 jinetes Deja con Hannon a 10.000 inf. y 1.000 jinetes para controlar desde el Ebro a los Pirineos; licencia a otros 10.000 + 1000 jinetes. Lleva a Italia 9.000 jinetes, 50.000 infantes (¿ y unos 20.000 ligeros para sumar los 90.000?)
218 a.C.	Livio 21,23	IBEROS	Aníbal licencia 7.000 hombres, entre ellos 3.000 infantes carpetanos	
218 a.C.	Livio, 21, 57	CELTÍBEROS LUSITANOS	Donde la caballería númida no puede, van los CELTÍBEROS y Lusitanos (se sobreentiende jinetes)	
218 a.C.	Polibio 3, 60		Efectivos en el cruce del Ródano	38.000 infantes y 8.000 jinetes.
218 a.C.	Polibio 3, 56	IBEROS CELTÍBEROS	Efectivos con que Aníbal llego a Italia	12.000 africanos, 8.000 iberos a pie, y en total 6.000 jinetes. ¿omite los infantes ligeros?.
217 a.C.	Polibio. 3,72; tb. Livio, 21, 55	IBEROS CELTÍBEROS	Trebia	20.000 infantes hispanos, africanos y celtas, 8.000 infantes ligeros y 10.000 jinetes, incluyendo aliados Celtas. Además. otros 1.000 jinetes y 1.000 infantes ¿númidas? en emboscada previa.
216 a.C.	Polibio 3, 113-117 Tb. Livio, 22, 46.	IBEROS CELTÍBEROS	Cannas.	40.000 infantes (3.114.5) y 10.000 jinetes en total Cayeron 200 jinetes, 1500 hispanos y africanos y 4000 celtas.
216 a.C.	Livio, 22, 48; Apiano, *Han.* 22	NÚMIDAS/ CELTÍBEROS	En Cannas, 500 Númidas recurren a la treta de fingir pasarse al enemigo. Según Apiano, son Celtíberos	500 jinetes.
216 a.C.	Livio, 23,13	?	Se envía desde Cartago un encargado de reclutar 20.000 infantes y 4.000 jinetes.	
216 a.C.	Livio, 23, 26	HISPANOS	Los jinetes hispanos son superiores en espíritu y fuerza a los Númidas, como los *caetrati* a los *iaculatores* Mauri.	
215 a.C.	Livio, 23, 46,6= Plut. *Mar.* 12,3	HISPANOS	Tras unas batallas en Nola, 272 jinetes entre númidas e hispanos se pasan a los romanos, hacen buen servicio, y al final se les dan tierra en África y España.	272 jinetes (Plutarco, da 300).

CRONOLOGÍA	FUENTE	ÁMBITO	OBSERVACIONES	EFECTIVOS
209 a.C.	Livio, 26,50,14	CELTÍBEROS.	Allucio es atraído por Escipión al bando romano, junto con sus *clientes*.	1.400 jinetes
208 a.C.	Polibio 10, 40 =Livio, 27, 19	IBEROS	Escipión regala tras Baecula 300 caballos a los hombres de Indíbil	
207 a.C.	Livio 28, 2	CELTÍBEROS	Combate entre Magon y Silano.	4.000 infantes, pesados, 200 jinetes, indet. infantería ligera.
207 a.C.	Livio, 27, 38	HISPANOS	Escipión envía a Italia refuerzos.	8.000 hispanos y galos, 2.000 legionarios, 1.800 jinetes en parte númidas y en parte hispanos.
206 a.C.	Livio 28,12,10	H. ULTERIOR	Aníbal Giscon recluta en la Ulterior 50.000 infantes y 4.500 jinetes	50.000 + 4.500 jinetes.
207/206 a.C.	Polibio 11, 20= Livio, 28, 13	IBEROS	Escipión, ante la magnitud del ejército enemigo, recurre a Culchas, que reinaba en 28 *oppida*. Este entrega a Escipión, ante Cástulo, 3.000 infantes y 500 jinetes.	3.000 infantes, 500 jinetes. El total romano ante Ilipa asciende a 45.000 hombres entre infantes y jinetes.
206 a.C.	Livio 28, 31	ILERGETES	Indíbil reúne 20.000 infantes y 2.500 jinetes de todo el NE	2.500 y 20.000 infantes (13.000 pesados y 7.000 ligeros).
206 a.C.	Polibio 11, 33	ILERGETES	Indíbil derrotado. Caballería ibérica aniquilada por la romana.	
205 a.C.	Livio, 29, 1,19-26	ILERGETES	Indíbil reúne efectivos de nuevo.	30.000 infantes y 4.000 jinetes
205 a.C.	Livio,29,2	ILERGETES	Batalla campal. Los iberos dejan intervalos entre el centro y las alas para su caballería. La caballería ibera combate a pie, la romana no.	Se supone que unos 4.000 jinetes.
197 a.C.	Livio, 33, 21, 26	IBEROS	Culchas se subleva al frente de 17 *oppida*.	
c. 181 a.C.	Livio, 40, 30	CELTÍBEROS	Un ejército de 35.000 celtíberos, cifra excepcional hasta entonces. Tienen caballería con funciones específicas.	
179 a.C.	Livio, 40, 47	CELTÍBEROS	Los habitantes de Cértima deben entregar a los romanos 40 jinetes nobles para que sirvan a la vez de rehenes y caballería auxiliar.	40 jinetes nobles.
179 a.C.	Livio, 40, 50	CELTÍBEROS	Gran batalla en dos días diferentes.	Los romanos capturan 300 caballos, 300 prisioneros... y matan a 22.000 celtíberos.
153 a.C.	Apiano, *Iber.* 48	CELTÍBEROS	Nertóbirga entrega 100 jinetes a Claudio Marcelo como auxiliares	100 jinetes celtíberos
c. 153 a.C.	Floro, 1, 34	CELTÍBEROS		Numancia tiene unos 4.000 defensores
151 a.C.	Apiano, *Iber.* 50	CELTÍBEROS	Lúculo ante *Cauca* vaccea. les exige jinetes. Luego les traiciona	Sin cifra
151 a.C.	Apiano, *Iber.* 53	CELTÍBEROS	Luculo ante *Intercatia*.	20.000 inf. y 2.000 jinetes (10%)
151 a.C.	Apiano, *Iber.* 55	CELTÍBEROS	Luculo ante *Pallantia*, hostigado por sus jinetes.	Sin cifras
147 a.C.	Apiano, *Iber.* 61	LUSITANOS	Viriato se escabulle de los romanos con 1.000 jinetes.	1.000 + ¿?
143 a.C.	Apiano, *Iber.* 76	CELTÍBEROS	Quinto Pompeyo Aulo ante Numancia.	Los numantinos son en total 8.000
c. 140 a.C.	Diodoro 33, 16	CELTÍBEROS	Los romanos exigen a cada ciudad celtibérica (*polis*) 300 rehenes, 900 mantos, 300 pieles, 800 caballos de guerra.	
141 a.C.	Apiano, *Iber.* 67	LUSITANOS	Viriato cuenta con 6.000 hombres	6.000. No se indica proporción de jinetes.
139 a.C.	Apiano, *Iber.* 75	LUSITANOS	Funerales de Viriato. Infantería y caballería desfilan por unidades.	Sin efectivos.
82 a.C.	Apiano, *BC* 1, 89	CELTÍBEROS	En Etruria. Tras un combate de caballería, algunos celtíberos desertan y se pasan al bando de Sila	270 jinetes se pasan a Sila; 50 mueren en combate,

CRONOLOGÍA	FUENTE	ÁMBITO	OBSERVACIONES	EFECTIVOS
80 a.C.	Plutarco, *Sert.* 12	LUSITANOS	Sertorio comenzó con 2.600 romanos, 700 libios, 4.000 *peltastas* lusitanos y 400 jinetes (¿de donde?)	400 jinetes, y 7.300 infantes
54 a.C.	César, *BG* 5,26,2	HISPANOS	Uso de una partida de caballería hispana en escaramuza. Sin cifras.	
52 a.C.	César, *BG* 7, 55	HISPANIA	César ha comprado una gran partida de caballos en Italia e Hispania.	Sin cifras.
49 a.C.	César, *BC* 1,29	HISPANIA	César teme que los pompeyanos recluten caballería y *auxilia* en Hispania.	
49 a.C.	César, *BC* 1, 38-39	HISPANOS	Petreyo recluta *auxilia* y caballería de Lusitania; Afranio de Celtiberia, Cantabria y las regiones atlánticas.	Los pompeyanos reúnen 5.000 jinetes de la *Citerior* y otros tantos de la *Ulterior* en la zona de Lérida.
49 a.C.	César, *BC* 1, 61	CELTÍBEROS	Los Pompeyanos esperan reclutar grandes efectivos de caballería e infantería auxiliar en Celtiberia.	
c. 49 a.C.	César, *BC* 2, 40	HISPANOS	Juba de Numidia tenía una escolta de 2.000 jinetes '*hispanorum et gallorum*'.	
48 a.C.	Apiano, *BC* 4,88	HISPANIA	Ejercito de Bruto y Casio contra César en Tracia.	Bruto: 8 legiones, 4.000 jinetes galos y lusitanos, 2.000 tracios, ilirios... Casio 9 legiones, 2.000 jinetes hispanos y galos, y 4.000 arqueros a caballo orientales
48 a.C.	César, *BC* 3, 22	HISPANOS	Jinetes galos e hispanos de César. Sin cifras.	
48 a.C.	César, *BAlex,* 50	HISPANOS	Q. Casio Longino recluta tropas a caballo en la Ulterior.	3.000 jinetes
46 a.C.	César, *BAfr* 39	HISPANOS	César envía *turma Hispanorum* a tomar una colina. Vencen a jinetes númidas.	¿30 h.?
45 a.C.	César, *BHIsp.* 2	HISPANOS	Reclutamiento de caballería para César en la Ulterior.	
45 a.C.	César, *BHisp.* 15	?	Caballería cesariana combatiendo a pie con éxito ante Ategua. No se especifica que sean contingentes hispanos.	
c. 36 a.C.	Plutarco, *M.Ant.* 37	IBEROS	Marco Antonio tiene entre sus fuerzas caballería ibera y gala	60.0000 romanos + 10.000 jinetes galos e iberos, que cuentan como romanos, y otros 30.000 aliados en total
s. I d.C.	Plinio, *NH* 8, 166	CÁNTABROS	Caballos thieldones y asturcones con paso de ambladura	
s. I d.C.	Marcial, 14, 199	CÁNTABROS	Alusión a la calidad de los pequeños caballos asturcones.	
s. I d.C.	Arriano, *Tact.* 40	CÁNTABROS	Descripción del círculo cántabro.. Cab. lig. jabalinas.	